JOSÉ D. DE QUIJANO

Carmina la Caseruca

o

Cantares de la Montaña

Zarzuela en dos actos, divididos en cinco cuadros, original de JOSE D. DE QUIJANO, música del maestro R. CALLEJA.

Copyright, by José D. de Quijano. 1924.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24
1924

5

CARMINA LA CASERUCA

O

CANTARES DE LA MONTAÑA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hòlande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Carmina la Caseruca
o
Cantares de la Montaña

Zarzuela en dos actos, divididos en cinco cuadros, original de JOSE D. DE QUIJANO, música del maestro R. CALLEJA.

Estrenada con gran éxito en la noche del día 14 de mayo de 1924 en el teatro Cómico, de Madrid.

MADRID
IMPRENTA DE L. RUBIO
CALLE DE LAS AGUAS, 11, DUPLICADO
1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMINA	Sta. Rafaela G. Haro.
GLORIA	Sra. Laura Blasco.
MILIA	Sta. Matilde López.
SILDA	Sra. Victoria Argota.
TOÑIN RUIZ	Sr. José L. Lloret.
DON RICARDO DE GAJANO	» Ramón Abolafía.
QUICO	» Joaquín Roa.
TI-PEDRO	» Carlos Rufart.
LUIS MARTIN	» Lorenzo Velázquez
DON HONORATO	» Faustino Bretaño.
BRAÑERO 1.º	» Eduardo Romero.
BRAÑERO 2.º	» José Polo.
UN COCHERO	» Prieto.

Mozos y Mozas, Danzantes, Viejas, Chicos, etc.

La acción, en «Las Brañas», aldea de la Montaña.

NOTA. El autor ruega a los artistas que no traten de dar al diálogo tonillo ni acento regional ninguno, para que no resulte gallego ni asturiano, limitándose a pronunciar tal y como están escritas ciertas palabras, con alteración o supresión de letras. Ej.: *decime* por *decirme; esi* por *ese*, etcétera. Igualmente suplica el autor a la Dirección artística que el vestuario no resulte asturiano y se prescinda de corpiños y de franjas de terciopelo en los refajos, que han de ser de un solo color, lisos.

674212

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta formada por las tapias de unos huertos, sombreados por grandes nogales y alfombrada de fino musgo. Al foro, una portalada señorial, y al lado de ella un banco de piedra. Adosado a la casona (que se alza tras las tapias y la portalada), formando un saliente al foro, y con puerta y un ventanuco practicable al exterior, está la casería: cuadras y vivienda de los caseros.

ESCENA PRIMERA

(Coro de Salladoras. Llevan la azada al hombro, las faldas regazadas y prendidas atrás, luciendo el refajo, rojo o amarillo, de bayeta, blusas claras, y a la cabeza el pañuelo de seda, de colorines muy chillones, suelto, sin atar, bajo la barbilla, sobre el que se calan enormes sombreros de paja.)

MUSICA

La-lá, la-lá, la-lá.
Montañesa, montañesa,
que a la mies vas a sallar.
Mientras sallas, lanza al viento
las notas de tu cantar.
¡ Salladora !
Canta, canta, salladora,
y en el aire suene el trino
de tu voz arrulladora.
Y al ruido constante
del golpe de azada
se mezclen los ecos
de nuestra tonada:
Ya no va la niña
por agua a la fuente.
Ya no va la niña
que no se divierte.
Ya no va la niña
por agua al arroyo.
Ya no va la niña,
ya no tiene novio.

(Van saliendo cantando, hasta que se apagan a lo lejos los ecos de la tonada.)

ESCENA II

DON RICARDO; en segida SILDA, por la portalada.

RICARDO *(Artista de unos sesenta años, de porte distinguido, faz rugosa, blanca melena, largo bigote y un empaque de hombre de mundo muy bondadoso.)* Allá van las salladoras, camino de la mies. ¿Está todo dispuesto, Silda?

SILDA *(Vieja criada de la casona, que viste sen-*

cillamente con un pañuelo de seda cruzado sobre el busto.) Todo, señor. La casa salta de limpia; no hemos parao desde que amaneció Dios. Para el señorito forastero he preparao la alcoba del salón; he sacao el juego de cama de los entredoses y la colcha de Damasco. El nuestro ya puede suponer el señor que lo ha de encontrar to a pedir de boca. ¡Las ganas que tengo de vele acá!

RICARDO — Pues ya no ha de tardar... Va cayendo la tarde...

SILDA — A eso salía yo: a ver si se divisaba el coche por el camino... Pero no. Todavía no se ve... *(Mirando a la derecha.)* Así que me vuelvo pa dentro: no se me queme la cena.

RICARDO — La habrás preparado opípara.

SILDA — Ya sé yo bien *sabíos* los gustos del señorito Toñín. *(Vase por la portalada.)*

RICARDO — Bien está.

ESCENA III

DON RICARDO y TI-PEDRO, por la puerta de la casería.

PEDRO — *(Casero del palacio, un viejuco de tez rasurada, que viste de aldeano, en mangas de camisa, con pantalón de pana, boina y alpargatas.)* Mi señor don Ricardo, mucho tarda el coche.

RICARDO — No puede ser mucho ya.

PEDRO — Me muero de ganas de ver a Toñín. Mire que va pa dos años que no le tenemos por acá... y ese señorito forastero que diz que vien con él, ¿quién es?

RICARDO — Es un amigo suyo de Madrid, compañero de Universidad. Han hecho juntos la carrera. Mi sobrino Toñín, que le quiere

como a un hermano, le ha invitado a pasar aquí, en «Las Brañas», una temporada, y el madrileño, reciente el luto de su padre, accedió agradecido. Esto me decía Toñín hace dos días, al avisarme que venía.

PEDRO — Yo estoy ya deseando de vele, don Ricardo. Cuando usté me lo dijo ayer tarde, entré en casa, diciéndole a mi hija: «Carmina, Carmina, ¿barruntas quién vién mañana?» Y sólo de veme tan gozoso, lo acertó. Lo que siento es que tarde, porque he de ir al cierrin, enonde tengo a Quico trabajando la tierra (que si no le vegilo es capaz de estase papando moscas), y no voy a estar aquí pa cuando llegue el coche. Voy de prisa pa golver cuanto más antes. Quede usté con Dios. *(Vase por la izquierda.)*

RICARDO — Hasta luego, Ti-Pedro. Yo también voy a entrar; que no sé si es el coche el que tarda o nosotros los que volamos hoy con el deseo más de prisa que las horas... *(Entra por la portalada.)*

ESCENA IV

CARMINA, por la casería, yendo hacia la derecha, mirando al camino.

CARMINA — *(Hija de Ti-Pedro. Muchacha que une a la gracia campesina un aire ingenuo y un ritmo gentil de distinción. Viste saya obscura, chambra clara, y sobre ella un pañuelo de seda granate. Va destocada, con el sencillo peinado partido al medio.)*

MUSICA

Ojos que te vieron ir
por esos caminos riales,
¿cuándo te verán volver
para alivio de mis males?
Día tras día suspiré así
esta tonada: ¡pobre de mí!
Por esos caminos riales
se fué un día mi querer.
¿Será cierto que mis ojos
van a verle ahora volver?
Día tras día yo le esperé,
y esta tonada siempre canté.

RECITADO

La esperé con fe, soñando en este día, que al fin ha amanecido. ¡Caminito blanco, por donde le espero, cuántos días te he paseado con los ojos!
Ojos que te vieron ir
por esos caminos riales.
¡Cuándo te verán volver
para alivio de mis males!
Va a atardecer. Que no caiga la sombra sobre el camino blanco. ¡Qué alegría, Dios mío, qué alegría, pensar que vuelve, que van a verle mis ojos! *(Mirando ensimismada hacia el camino, como en éxtasis.)*

ESCENA V

CARMINA y MILIA, por la izquierda.

HABLADO

MILIA *(Que viste de la misma o parecida manera, pero muy sucia; con alpargatas; llegan-*

do con la azada al hombro, sin ser vista de Carmina y con un gesto burlón de picardía, viendo el pasmo de la «Caserita».) Chacha... ¿Pues qué ves?

CARMINA — *(Volviendo a la realidad, azorada y confusa.)* Nada... ¿Pues qué voy a ver?

MILIA — Te veía tan pasmá... Anda, vente a sallar conmigo.

CARMINA — ¿A estas horas vas tú a sallar?

MILIA — Tuve más que hacer, y todavía queda una hora de luz... Creo que vién Toñín el del Palacio...

CARMINA — Ahora. No puede ya tardar.

MILIA — ¡Pues por eso no quieres tú venir!

CARMINA — No, mujer; es que tengo que hacer, y ya no es hora. Sallé esta mañana.

MILIA — Tú quieres a Toñín. No estás en tí desde ayer... Eso ¿qué es?

CARMINA — Cariño, na más que cariño.

MILIA — ¿Le quieres mucho? Cuéntamelo. Ven a acompañarme un poco, chacha; na más que hasta ahí *lanti*... Cuéntame...

CARMINA — *(Cogiéndola dulcemente por la cintura, caminando hacia la derecha, con los ojos mirando hacia los cielos y una voz queda de secreto.)* Pues... verás... *(Se van por la derecha.)*

ESCENA VI

SILDA; luego CARMINA

MUSICA

(La orquesta sola. Silda sale por la portalada, mira hacia el camino un rato, impaciente; al fin cree descubrir a lo lejos el coche y corre a decírselo a don Ricardo.)

CORO DE SALLADORAS

(Dentro.)
Montañesa, montaseña,
que a la mies vas a sallar,
mientras sallas lanza al viento
las notas de tu cantar.
(A la música se va uniendo el cascabeleo del coche, cada vez más cerca.)

CARMINA *(Entrando precipitadamente por la derecha, volviendo la vista hacia el camino una y otra vez y recitando sobre la música.)* ¡El coche! ¡Ahí está ya!... ¡¡Virgen!! Ahí está ya... ¿Qué pasa por mí? Yo me escondo; yo no me estoy aquí... *(Entra en la casería y cierra la puerta. Sigue la música, durante la escena siguiente.)*

ESCENA VII

SILDA; luego DON RICARDO

RECITADO

SILDA *(Asomándose a la portalada, mirando al camino y llamando.)* ¡Señor, señor, que ya llega el coche!

RICARDO *(Al poco rato.)* ¿Vienen ya, Silda?

SILDA ¡Ya están aquí!

RICARDO *(Saliendo.)* ¡Ya tenemos aquí a Toñín!

SILDA *(Enjugándose las lágrimas.)* Ya le tenemos.

RICARDO ¿Y por eso lloras?

SILDA Lloro de gozo...
(Termina la música.)

HABLADO

ESCENA VIII

DICHOS, TOÑIN y LUIS MARTIN. Por la derecha, como bajando del coche en guisa de viaje, con gabanes, guantes, etcétera. Luego el COCHERO, con los equipajes.

TOÑIN — *(Abrazando a don Ricardo.)* ¡Tío Ricardo!

RICARDO — ¡Toñín!

SILDA — *(Arrancándole de los brazos de don Ricardo y besuqueándole con fruición, farfallosa de emoción y dando rienda suelta al lagrimeo.)* ¡Bien venido seas, hijuco!

TOÑIN — ¡Silda, mi buena Silda! *(A Luis.)* Mi tío Ricardo. *(A don Ricardo.)* Luis Martín, mi mejor amigo...

LUIS — Señor don Ricardo... Tantísimo gusto...

RICARDO — El gusto es el mío, amigo; no le digo a usted que viene a su casa, puesto que le trae a ella su dueño, mi sobrino.

TOÑIN — ¡Tío! Silda, ve a ayudar al cochero a entrar los equipajes. *(Dándole en el hombro cariñosas palmadas, que derriten de emoción y de gusto a la vieja sirviente, que ayuda al cochero a entrar los equipajes.)* ¡Bien, tío Ricardo! ¡Aquí de nuevo; a su lado otra vez!

RICARDO — Y quiera Dios que sea ya para siempre. Que yo ya voy estando viejo...

LUIS — ¿Viejo usted?

RICARDO — Sí, hijo. No se es un Matusalén, claro está, por tener sesenta años; pero no hay que atender sólo a la cuenta de los días vividos... hay que mirar más al modo como se han vivido y a la huella que dejaron al pasar. Yo he vivido una vida muy intensa, de las que avejentan pronto... Por [illegible]

he refugiado aquí, en la soledad de este olvidado rincón...

LUIS — Ya sé su historia; su sobrino me ha referido cien veces su vida, sus triunfos... Lo que no puedo explicarme es que usted, hecho a esa vida, artista y mundano, se encuentre aquí tan a gusto. ¡Un músico como usted!

TOÑIN — «El Músico». Ya sabes que aquí no le conocen por otro nombre.

LUIS — ¿No echa usted de menos nada?

RICARDO — Hay momentos, pocos, en que siento nostalgias de los días pasados; pero me curo pronto de añoranzas, mirándome al espejo... y mirándome el alma...

LUIS — Por Dios, si está usted hecho un mozo.

RICARDO — No tanto, no tanto...

ESCENA IX

DICHOS, CASILDA y el COCHERO por la portalada.

TOÑIN — ¿Ya está todo?

UN COCHERO — Sí, señor.

SILDA — Todo está ya.

TOÑIN — *(Pagando al cochero.)* Toma.

UN COCHERO — Vaya, gracias, y que haiga salú. *(Vase y suena el cascabeleo del coche, alejándose.)*

RICARDO — ¡Ea!, pues entremos y a lavaros y acicalaros un poco antes de cenar, que querréis hacerlo pronto.

LUIS — Buena falta nos hace el agua, que esos trenes le dejan a uno perdido...

RICARDO — Pues pasad.

TOÑIN — Cuénteme, tío, qué pasa en «Las Brañas», que dice Ti-Pedro; cómo están estas gentes. *(Van entrando por la portalada; Silda, la última.)*

ESCENA X

TI-PEDRO por la izquierda; luego SILDA.

PEDRO (*Entrando de prisa, asomándose a la portalada y llamando a Silda.*) ¡Silda, Silda! (*Sale Silda.*) Desde allá arriba he visto el coche y vine a escape.

SILDA Ya le tenemos acá. ¡Si viera qué buen mozo vien! ¡Ae, María! Ojos que le vieron en pañales y brazos que le mecieron. ¿No le hemos de querer? ¡Pobre señora doña Consolación que esté en la gloria!

PEDRO ¿Está tan bueno como la otra vez, Silda? Mira que vele era talmente ver al difunto don Antonio, su padre.

SILDA Vien más guapo que se fué; está blanco y gordo que da gloria vele. El otro señorito es también guapo caballero; pero ¡qué tién que ver con el de casa!

PEDRO ¡No tendrá comparanza!

SILDA Pero entre, Ti-Pedro, entre a vele.

PEDRO ¿Aónde jueron?

SILDA A sus habitaciones; a quitase el polvo del camino.

PEDRO Pues aquí aguardo. Ya bajará él a veme. Que viniendo con esi otro señorito no me determino...

SILDA Voy a deçile que está usté aquí.

PEDRO No le digas, por la Virgen, na entoavía, que siendo él tan liberal y llano, va a haceme entrar y no está propio...

SILDA (*Entrando.*) Se va a enfadar. (*Pausa. Ti-Pedro lía un pitillo lentamente, sentado a la puerta de la casería. Silda, volviendo.*) ¡Que vaiga allá, Ti-Pedro, que vaiga allá!

PEDRO ¿Dijístele que estaba aquí yo?

SILDA Preguntaba él por usté al señor y díjele que esperaba aquí pa vele. Vaiga allá. (*Mutis.*)

ESCENA XI

DICHOS y TOÑIN; luego DON RICARDO y LUIS

TOÑIN — *(Saliendo.)* Pero Ti-Pedro, ¿qué hace aquí fuera que no viene a verme? Venga acá, cristiano. *(Tomándole con ambas manos la diestra.)*

PEDRO — ¡Ay, Toñín el mío! Como no estabas solo no me determinaba a entrar...

TOÑIN — *(A Luis, que sale con don Ricardo.)* Aquí tienes a Ti-Pedro de «Las Brañas», el más famoso de los brañeros, buena persona, por serlo de pura cepa, y modelo de caseros honrados.

PEDRO — ¡Ni más ni menos! *(Estrujando azorado la boina.)* El mismo que viste y calza. *(Todos ríen.)*

TOÑIN — ¿Y Carmina? ¿Está bien? *(Luis, al oir la pregunta, mira a Toñín con curiosidad.)*

PEDRO — Bien está. Ahí, en la casería, andará. Tiempo tién mañana de que la veas.

TOÑIN — *(Dudando y un tanto confuso.)* Sí... Mañana... Ya la veré mañana... *(Luis vuelve a fijar los ojos en Toñín.)* ¿Y Quico? Seguirá con usted, ¿no? ¡Tan animalón como siempre!

PEDRO — ¡Qué hacer! Cada día más zascandil... Siempre tengo que estale encima. La sordera paez que se le ha corrido a los demás sentidos y a la voluntad, y como no ande tras él, no da golpe. Pero como enfeliz, es un enfeliz; gana su jornal y no deja de haceme avío. En el cierrin lo tengo trabajando: ya luego bajará. También tién buenas ganas de vete. *(Pausa. Alzando la vista, que tiene puesta en el trajín, que con la boina trae, y haciendo ademán de despedirse.)* Pues con la misma.

RICARDO ¿Se va ya, Ti-Pedro?

PEDRO Si ustedes no mandan otra cosa... Bien sabe Dios la alegría que tengo de vete tan bueno por acá; quiera El que pa siempre... Hasta mañana, don Ricardo. *(A Luis.)* A usté na le digo; si en algo podemos servile, mande con confianza. Y que haiga salú. *(Entra por la puerta de la casería.)*

LUIS Gracias, muchas gracias. *(Todos le despiden efusivamente.)*

ESCENA XII

DICHOS, menos TI-PEDRO

RICARDO *(A Silda, que sale por la portalada con unas marmitas.)* Silda, ¿qué trajinas, adónde vas ahora? *(Risueño y cariñoso.)*

SILDA Señor, voy a ordeñar. *(Medio mutis hacia la casería.)*

RICARDO Ahí la tenéis; no ha parado en todo el día... Ya la conoces: «cernedora» y trajinadora como ella sola, no se ha dado punto de reposo desde que supimos que venías. Esta mañana se levantó con el alba y no ha parado un momento, hecha un puro nervio, toda actividad...

SILDA *(Abochornada y risueña.)* ¡Ay, qué señor! No le haga caso... ¡Ay, qué señor!

LUIS Lo que siento es que mi llegada le haya proporcionado a lo mejor más trabajo del que yo quisiera.

SILDA Calle, por Dios, señorito. Si son cosas del señor, que está de broma... *(Entra en la casería.)*

TOÑIN *(A Luis.)* No la conoces. Cuanto más tiene que hacer, más goza.

RICARDO ¿Entran ustedes?

TOÑIN Nos quedamos aquí un ratito. Voy a en-

señarle a Luis el valle desde aquí. ¡Hace una tarde tan hermosa!...

RICARDO Pues ahí se quedan ustedes. Yo voy a terminar de escribir unas cartas hasta la hora de cenar. *(Vase.)*

LUIS Hasta luego.

ESCENA XIII

TOÑIN y LUIS; al final SILDA

TOÑIN *(Llevando a Luis al foro derecha.)* Desde aquí se divisa todo el valle, ¿ves? Mira: ¡el mar! Aquella franja azul que cierra el horizonte. Me parece un sueño aspirar otra vez este aire de mi tierra. ¿No te sabe a gloria?

LUIS Esto es delicioso. De cuantos paisajes llevamos recorridos desde que entramos en la Montaña, ninguno tan pintoresco. ¡Y tantas mozas dobladas sobre la tierra, esparcidas por todo el valle!

TOÑIN Están «sallando», quitando algunos maíces nacientes para que puedan crecer con libertad los que dejan.

LUIS Curiosos asimismo sus cantares; el que les oíamos ahora era muy sentimental.

TOÑIN Como todos. Ya irás aprendiendo tonadas. ¡Aunque no quieras! Mi tío Ricardo, «El Músico», te ha de enterar de todas estas cosas. *(Sentándose al lado de su amigo.)* Me escribió hace poco, ¿no sabes?, que ha formado un coro; me contaba también—¿pero no te lo he dicho?—que ha encontrado en Carmina su mejor ayudante, su colaboradora...

LUIS ¿Carmina?

TOÑIN Carmina. *(Silda sale de la casería con las marmitas llenas y entra por la portalada.)*

LUIS — Y dime, Antonío, ¿qué hay de esos amores? ¿Vienes resuelto a no caer?

TOÑIN — Resuelto.

LUIS — ¿Podrás?

TOÑIN — Me he ganado la pelea. Va a hacer dos años que no la veo... Aquello pasó. *(Levantándose.)* ¡Mira si voy a casarme yo con una aldeana, con una pastorcita! ¡Bonito cuento de hadas! Tengo veinticinco años; no soy el chiquillo irreflexivo de antes.

LUIS — Muy firme vienes. Aunque me temo que con esos alardes de firmeza pretendas engañarte. ¡La verdad! Ya te lo he dicho en otras ocasiones; no conozco a Carmina, pero por la que tú me has pintado... ¿qué tendría de particular que te casaras con ella?

TOÑIN — ¡Qué locura!

LUIS — Tu carácter y tus aficiones te llaman más al campo que a la ciudad. Eres huérfano; vives de tus rentas, tienes aquí tus fincas... Figúrate que te casas con Carmina. ¿Qué va a pasar? ¿Por qué no has de seguir los impulsos de tu alma?

TOÑIN — No insistas, Luis, no insistas. Estoy resuelto. Aquello pasó.

SILDA — *(Desde la portalada.)* La cena está en la mesa. Don Ricardo les espera en el comedor

TOÑIN — Pues vamos. *(A Luis.)* Ahora vas a chuparte los dedos. ¡Menú de «Las Brañas»! ¡Esta Casilda tiene unas manos!

LUIS — Tengo esas noticias, con que vamos a comprobarlas.

SILDA — Buena voluntad del señorito Toñín, que le tién a una ley...

TOÑIN — ¡Y cómo no! Si he crecido a su lado... Vamos a la mesa. *(Entra Silda.)*

LUIS — Vamos, no espere tu tío.

TOÑIN — *(Al ir a entrar por la portalada y contemplándola.)* ¡La portalada! ¡Mi viejo pala-

cio! ¡Mi casona gris, oculta entre nogales! ¡Cuánto se goza, ay, Luis, con todo esto! *(Entran.)*

ESCENA XIV

MILIA y luego CARMINA

MILIA *(Que vuelve a sallar por la derecha, dirigiéndose a la puerta de la lasería.)* ¡Carmina! ¡Carmina! ¡Escucha un poco, sal acá!

CARMINA *(Dentro.)* ¿Ya estás tú ahí otra vez?

MILIA Sal, chacha, ¡espabila!

CARMINA *(Saliendo.)* ¿Qué me quieres?

MILIA *(Curiosa.)* ¿Vístele ya?

CARMINA *(Reservada.)* ¿A quién, tú?...

MILIA ¡Mira l. infelizuca! A mi *güela* va a ser... Ya no te alcuerdas de lo que me contaste enantes. Mira que me lo confesaste to...

CARMINA Yo no me confieso más que con el cura, chacha.

MILIA ¡Música!

CARMINA Yo no hice más que contarte que llegaba Toñín con un amigo... y que... claro, se alegra una, porque, al fin y al cabo, una le tién cariño, que desde críos siempre anduvimos juntos... Pero... na más...

MILIA No, no le he visto todavía, no.
(Con hiel.) Pues hija, no te duela tenele ley. Con lo que hace que llegó y toavía no ha sido quién pa entrar a vete... ¡Los novias que tendrá esi por ahí ajuera!

CARMINA Que las tenga. ¿Piensas que no lo sé yo? Y bien majas que serán y bien ricas; que no iba a poner él los ojos en una pobre, tocha.

MILIA Pero eso no quita que alguna probe los ponga en él.

CARMINA ¿De qué te quedó? Tú serás esa, ¡que lo que es otra!... Y, sobre todo, ¿para eso na más me llamabas? Pues tengo más que hacer.

MILIA No, mujer. Si te dije eso, fué por oite...

CARMINA ¡Pues ya me has oído!

MILIA No te enfades, so tonta, que fué una broma. Oye, ¿está por ahí Quico?

CARMINA No ha vuelto.

MILIA Bueno, pues con Dios... ¡Virgen, lo que me estuve! ¡Ya es de noche cerrá! *(Medio mutis; en voz baja, picaresca, guiñando el ojo con malicia.)* Y en cuanto es de noche, esi tión, el maestro escuela, paez que me huele. El mejor día, de la que se entere Quico, va a tener que correr, que las piernas le van a dar atrás... *(Echa a correr hacia la izquierda, tropezando con Quico, que entra por la izquierda.)*

ESCENA XV

DICHAS y QUICO

CARMINA ¡Virgen, Quico, vaya un abrazo! ¡Ahí os quedáis. *(Mutis por la casería.)*

MUSICA

QUICO ¿Te parece a tí bonito
el plantón que me he llevao?

MILIA Me he entretenido un poquito,
pero ya estoy a tu lao.
Ven ahora a acompañarme.

QUICO Que no voy, que no voy.
Un beso pa contentarme.

MILIA En seguida te lo doy.

QUICO Después que me dices eso
nunca me lo quieres dar.

MILIA Si quieres que te dé un beso.
QUICO ¿Un beso?
MILIA Llévame antes al altar.
QUICO No es cosa de juego
pensar en el yugo.
Casarse es muy serio,
lo que es yo no *jugo*.
MILIA ¿De qué yugo me hablas,
del de uncir los *bueis*?
QUICO Efectivamente,
ahora lo veréis.
Como *muuu*
como *muuu*.
como muge la vaca «Romera».
¡Ay qué muuu,
ay qué muuu,
qué mugido al besarte te diera!
MILIA Como muuu,
como muuu
como mucho tardes en casarte.
Yo te mu,
yo te mu,
yo te muerdo en lugar de besarte.
MILIA No es de este yugo del carro
del que tenemos que hablar.
QUICO Si hablas del otro, estoy sordo
y no me puedo enterar.
MILIA Eres el sordo más cuco
que yo ví, que yo ví.
QUICO Yo soy un infelizuco,
pues mi padre me hizo así.
MILIA Infelices las mujeres
que se dejan engañar
y al novio le dan un beso.
QUICO Un beso.
MILIA Antes de dir al altar.
QUICO No es cosa de juego
pensar en el yugo.
Casarse es muy serio,
lo que es yo no *jugo*.

MILIA — Ha de ser el cura
quien nos ha de uncir.

QUICO — Podemos, en tanto,
uncirnos aquí.
(Al estribillo.)
Como mu, etc., etc., etc.
(Hacen mutis con el yugo puesto, que habrán descolgado de un clavo.)

CARMINA — *(Desde la puerta, viéndoles marchar.)* ¡Virgen, qué bueno estuvo! *(Riendo y gritando.)* ¡Cuidao con los tropiezos! *(Vuelve a reir a carcajadas.)*

ESCENA ULTIMA

TOÑIN solo.

MUSICA

RECITADO

TOÑIN — *(Saliendo por la portalada, exaltado, atraído por aquella risa alegre de Carmina.)* ¡Su risa! ¡La risa de Carmina! *(Da unos pasos vacilantes hacia la casería.)* Carmina... *(Transición. Apartándose resuelto.)* No, no puede ser... Aquéllo pasó. *(Otra transición. Enamorado.)* ¡La risa de Carmina! Es que mi amor dormía, dormía nada más; y ha bastado su risa para que se abran de nuevo las heridas sangrantes de mi corazón. ¡Su risa! ¿Acaso pensabas que nunca más ibas a oir su risa? *(Se sienta en el banco, desolado, la cara en las manos, desilusionado, triste, mientras baja el telón y la música repita la tonada de Carmina: «Ojos que te vieron ir», etc.)*

TELON MUY LENTO

CUADRO SEGUNDO

Estudio de don Ricardo, que se supone en el desván del Palacio; techo abuhardillado; paredes encaladas.

Al foro, a poco más de un metro del suelo, se abre un gran ventanal sobre la vertiente del tejado, dando vista al extenso valle. A la izquierda, una puerta; a la derecha, un piano, y a su lado, un atril. En uno de los testeros, una alta estantería de pino sin pintar, atestada de volúmenes de todos tamaños y colores. Una mesa de despacho sencilla y vieja, llena de papeles de música y libros apilados. Algún sillón y varias sillas completan el mobiliario. Por las paredes se desparraman en gran número retratos de músicos famosos.

ESCENA PRIMERA

DON RICARDO y LUIS MARTIN, entrando.

LUIS — Tiene usted esto muy simpático, don Ricardo. Aquí debe de dar gusto trabajar.

RICARDO — Sí. Un poco celda, un poco estudio; y, sobre todo, aislado; a propósito he escogido este aposento del desván: es como la torre de marfil, donde me paso la vida.

LUIS — Tiene usted una importante biblioteca. ¿Es toda musical?

RICARDO — *(Mostrándole algunos tomos.)* Hay de todo, pero lo que predomina, como es natural, son las obras relacionadas con la música. Y por aquí ya ve usted, infinidad de retratos de compositores célebres. *(Señalando las paredes.)*

LUIS — *(Mirándolos.)* ¿Y usted compone ahora mucho?

RICARDO — Bastante. Ando metido en estas composiciones montañesas, y estoy más convencido que nunca de la positiva belleza que encierra la sencilla música del pueblo.

LUIS — ¿Y por qué no me regala usted con un poco de la música: algúna de esas tonadas suyas?...

RICARDO — Van a llegar mis orfeonistas a ensayar, y oirá usted alguna cosa. Pero no apreciará usted bien la belleza de las tonadas hasta que no se las oiga a Carmina. Es mi colaboradora, la que me trae al estudio las tonadas nuevas. Es encantadora la chiquilla.

LUIS — Si supiera usted el interés, la gana que tengo de conocer a esa muchacha.

RICARDO — ¿Por qué?

LUIS — Toñín me ha hablado tanto de ella...

RICARDO — (*Extrañado.*) ¿Ah, sí?

LUIS — ¿Pero usted no sabe que Toñín está enamorado de Carmina?

RICARDO — (*Asombrado.*)

Nada. Nada he sospechado nunca. He de advertirle que mi sobrino y yo apenas hemos vivido juntos. Cuando era pequeñito le ví las pocas veces que vine aquí a pasar dos, tres días, con sus padres. Luego, cuando murió mi hermana—en brazos de los dos—, yo me quedé en el Palacio, y Toñín, como había de terminar la carrera, marchó al poco tiempo; y hasta ahora no habíamos vuelto a abrazarnos. Pero nada sabía... No haber yo sospechado... ¿Y ella lo sabe?

LUIS — No sé. Toñín tiene un carácter especial. Nunca descubre su alma plenamente. Me ha confesado que desde niños se enamoraron, pero que no puede casarse con ella por no ser de su clase y condición...

RICARDO — (*Muy interesado.*) ¡Ah!; pero ¿no quiere quererla?

LUIS ¡Qué ha de querer! Alguna vez le he aconsejado que se case con ella. «No insistas, no insistas», me dice siempre. ¡Cómo he de casarme con una labradora!

RICARDO Con una labradora de muy limpia y noble estirpe. ¿No sabe usted por qué es de Toñín esta casa; cómo la adquirió su padre?

LUIS Ni una palabra.

RICARDO Pues verá usted. Cuando el padre de Toñín volvió, rico, de América, quiso hacerse una casita en «Las Brañas». Pero un vecino le ofreció en cuatro cuartos este viejo Palacio desmantelado, una de tantas casas solariegas derrumbadas al rodar de los siglos, y lo compró. El brañero vendedor no era otro que Ti-Pedro.

LUIS ¿El padre de Carmina?

RICARDO El mismo; descendiente de los antiguos señores del Palacio: se llama Pedro de «Las Brañas». Mi cuñado le nombró casero para llevar en aparcería el ganado y las tierras de labor, anejas a la finca. Así adquirió el padre de Toñín este Palacio «de parda sillería y ancho alero». Con que ya ve usted de qué noble ascendencia viene Carmina. ¿Y dice usted que Toñín no quiere quererla?

LUIS Dice que su posición social..., la diferencia de clases...

RICARDO ¡Qué diferencia ni qué calabazas! Al fin, hijo de indiano, amigo Luis. *(Exasperado, paseando.)* Un día salió del pueblo un rapazuelo humilde en busca de aventuras... En la aldea quedó un viejo caserón solariego... Volvió el aventurero, hecho señor; el Palacio fué suyo... y hoy los verdaderos señores de «Las Brañas», le parecen poca cosa al hijo de aquel humilde rapazuelo... ¿Le parece á usted? *(Se oye fuera un gran rui-*

do de pasos precipitados en la escalera y
LUIS *voces de chiquillos.)*
RICARDO ¿Qué ruido es ese?
El orfeón. Ya está aquí el orfeón.

ESCENA II

DICHOS. QUICO, DON HONORATO.

TODOS *MILLA, mozos, mozas, chicos de la escuela*
¡Buenos días, don Ricardo!
HONORATO Buenos días tenga usted.
(A don Ricardo.)
LUIS ¿Es don Luis, el Madrileño?
HONORATO Servidor.
(Dándole la mano afectuosamente.)
RICARDO ¿Está usted bien?
Bien venidos, guapos mozos.
Hoy tenemos que ensayar
las canciones montañesas.
HONORATO *(Gran algazara y contento en los chicos.)*
RICARDO ¡Chiquillos, formalidad!
Vosotros, los cuatro *bajos*,
os pondréis aquí apartaos.
Y vosotros, los tenores,
todos juntos a este lao.
(Los coloca, ayudado por Quico, que reparte los papeles de música.)
HONORATO ¿Empezamos?
RICARDO Cuando guste.
Pues cuidado y atención,
y a ver si estáis formalitos
y atendéis a la canción.
¡A la una, a las dos,
a las tres! ¡Venga!
CORO ¡Chechereché!
QUICO Micaela tiene sueño, ¡chechereché!
Y no se quiere dormir vir virulao.
Cantar virulé.

Todos ¡ Chechereché !
Quico Llamaremos a su padre.
¡ Chechereché !
Que la venga a divertir, vir virulao.
Cantar viruié.
Todos ¡ Chechereché !
Quico *(Mirando a Milia.)*
Que te peines el pelo,
que te laves la cara.
Que te peines el pelo,
morena resalada.
Milia Ni me peino ni me lavo,
ni me pongo la mantilla
hasta que mi amante vuelva
de los toros de Sevilla.
Quico Que te peines el pelo.
Que te laves la cara.
Que te peines el pelo
so cochina marrana.
Todo me lo llevaron,
no me dejaron nada.
Me llevaron el burro,
también la albarda.
Y también me llevaron
la cabezada.
Milia Todo se lo llevaron,
ya no tiene ni albarda.
Chicos Tín, tipitín, tipitín.
Coro Todos quieren a la rubia,
la rubia no quiere a nadie,
la rubia se va a quedar
como el pájaro en el aire.
Volantes tiene la rubia,
volantes en el faldón.
Volantes tiene la rubia,
volantes quería yo.
¡ Ah ! ¡ Ah !
Las molineras tienen
lindos vestidos,
con el trigo que roban
a los vecinos.

Dale con aire a la rueda.
Dale con aire a la rueda,
molinera.

HABLADO

RICARDO — Bien, muy bien. Pero he de advertir una cosa. Observo que hay algunos que no cantan y que ni siquiera lo disimulan abriendo la boca. No sé para qué vienen.

QUICO — Pues esti, sí, señor; abre la boca, pero no canta. *(Algazara.)*

MILIA — Amos, a callase, callavos la boca... ¡Paece mentira!

HONORATO — ¡Qué rifirrafe es ese! ¡Hum! Cada cual debe estar atento y pendiente de la pauta, sin apartar los ojos de ella, a fin de que las laringes respectivas emitan los sendos sonidos correspondientes a las notas que en el pentágrama estén marcadas... *(Muy redicho.)* ¿Me explico?

MILIA — ¡Os! ¡Qué tío más resabido!

RICARDO — No se canse, don Honorato. Son tan músicos, que no necesitan mirar el pentágrama. Verá usted. *(A Quico.)* ¿Qué nota es ésta?

QUICO — ¿Esta?...

RICARDO — Sí. ¿No lo sabes? ¿Y ésta? ¿Esta otra? ¿Ninguna? A ver, ¿cuáles son las notas en el papel que tienes en la mano? ¿Tampoco? ¿Qué son esos puntitos negros?

QUICO — ¡Cagalitas de mosca! *(Gran alboroto.)*

HONORATO — *(Siseando para imponer silencio.)* ¡Silencio! ¡Silencio! Bravo orfeonista, que no sabe dónde está el do.

QUICO — Es que yo canto de *oído*. *(Gran algazara.)*

TODOS — ¡¡De oído, y es sordo!!

MILIA — ¡Y qué, que sea sordo!

HONORATO — ¡Basta de zacapelas! Formalidad y circunspección. *(Aparte a Emilia.)* Y tú, Emilia.

(*Cariñoso, persuasivo, insinuante.*) No te exaltes defendiendo a ese zopenco... Las chicas guapas como tú...

QUICO — (*Interponiéndose entre los dos y empujándolos, al separarlos.*) Don Ricardo, ¿recojo los papeles?

RICARDO — Sí. Por hoy se ha terminado. El jueves próximo ensayo definitivo. Señor maestro, ¿será usted tan amable que al bajar dé una voz a Carmen para que suba?

HONORATO — ¡Con mil amores! ¿Manda usted algo más?

RICARDO — Que nadie me falte el jueves.

HONORATO — De eso me encargo yo. (*Despidiéndose y dando la mano a Luis.*) Señores míos... He tenido mucho gusto...

HONORATO — Beso a usted la mano. *Salen. Bis en la orquesta. Quedan Quico y Milia los últimos.)*

ESCENA III

DON RICARDO, LUIS, QUICO y MILIA

RICARDO — (*Reparando en su suciedad.*) Mira, Milia, no tomes tan al pie de la letra tu parte del coro y lávate y péinate sin esperar que tu novio vuelva de Sevilla...

MILIA — ¡Si me lavé el domingo, don Ricardo!

LUIS — (*Riendo.*) ¡Qué se creía usted! Y hoy es viernes.

RICARDO — Mira, alcanza a don Honorato y dale estos papeles que se ha olvidado. ¡Vuela!

QUICO — ¿Qué ha dicho el maestro escuela?

RICARDO — Que se ha olvidado esto. Llévaselos tú....

QUICO — Pocos tratos quisiera yo con el maestro...

RICARDO — ¿Por qué? (*Milia se ruboriza y baja los ojos y aprieta entre los dedos la falda.*)

QUICO — (*Mirando a Milia.*) Por na... Yo me entiendo... Me estoy agoliendo una cosa que... como sea cierto lo que yo me he agolido...

MILIA — Se ha enterao...

RICARDO (*A Luis.*) Vaya. Cuestión de faldas. El pobre don Honorato siente debilidad por las mocitas tempranas.

LUIS ¡Quién lo diría!

QUICO (*Cogiendo los papeles que le da el músico y marchando.*) Como sea cierto lo que me tengo yo tragao, le voy a dar una patá en semejante parte, que no va a parar de rodar en tres días...

MILIA (*Yéndose con él hacia la puerta.*) Mira que yo no tengo culpa de na...

RICARDO (*A Quico.*) Anda y no te pierdas...

ESCENA IV

DON RICARDO y LUIS; luego SILDA y TOÑIN

LUIS Buena pareja.

RICARDO Tal para cual.

SILDA (*Entrando.*) El señorito Toñín anda por la huerta buscándoles a ustedes; barrunté que estarían acá y he subío. (*Gruñendo.*) ¡Cómo está esa escalera de barro! ¡Condená gente! ¡Virgen santa, qué batallón! Mal año pa ellos; así se rompieran una pata ca uno...

TOÑIN (*Entrando.*) ¿Por qué gruñe la buena de Silda? ¿Qué te han hecho?

RICARDO Mis orfeonistas, que tienen declarada la guerra a la limpieza de Silda y le ponen perdida la escalera.

SILDA Claro, señor.

TOÑIN ¿Pero han venido ya los orfeonistas?

LUIS Claro. Eres un dormilón; se te han pegado las sábanas. Si hubieras madrugado, como yo...

TOÑIN (*Taciturno.*) Si vieras qué poco he dormido... (*Transición.*) ¿Y qué han ensayado?

RICARDO Los cantos populares que estoy harmonizando para el día de la Romería.

TOÑIN ¡Ah, la Romería de San Pedro! Ya verás, Luis; esta es la fiesta del pueblo.

SILDA *(A Luis.)* Ya verá, ya verá lo que es bueno... El señorito Toñín no pierde baile ningún año.

TOÑIN Pues este año me parece que te equivocas. Silda; no pienso bailar...

SILDA ¡Que te digo!

TOÑIN *(Melancólico.)* Como lo oyes, mujer...

SILDA ¿Pues qué milagro hizo Dios? Tú no eres el de antes. ¡No sé qué demontres te han hecho por èsos mundos! Pero... don Luis sí que va a bailar...

LUIS *(Sorprendido y risueño.)* ¿Yo, Casilda?

SILDA ¿Tampoco?... ¡Alabao!... Válgame, qué mocedá... que no se diga; que no se diga... *(Vase.)*

ESCENA V

DICHOS, menos SILDA

TOÑIN ¿De modo que has presenciado el ensayo?

LUIS Sí. Y estoy encantado con el coro y la música de tu tío. ¡Estoy encantado con haber venido! Y deseando que vengan mi madre y mi hermana: esto les va a gustar mucho.

TOÑIN *(A don Ricardo.)* Porque no le hemos dicho que Luis quiere que vengan a pasar una temporada a «Las Brañas». He pensado que les convendría alquilar la casa de Ceto. ¿Qué le parece, tío Ricardo?

RICARDO Muy bien. Ès una casa tan bien situada, tan alegre, tan blanca... Estarán bien atendidas, porque Rosa, la mujer de Ceto, es hacendosa y servicial, y Milia, la hija, aunque no es amiga del agua, es trabajadora y útil...

TOÑIN ¿Piensan ustedes pasarse aquí toda la mañana?

RICARDO Estamos esperando a Carmina para que nos cante una tonada. La he mandado recado con don Honorato, pero veo que tarda. Voy yo mismo a buscarla. Esperadme aquí. *(Vase.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos DON RICARDO

TOÑIN ¿Va a buscar a Carmina?

LUIS Eso ha dicho.

TOÑIN *(Resuelto.)* Vámonos, Luis.

LUIS No puede ser; tu tío ha dicho que le esperemos. Además, alguna vez te habías de ver ante ella. ¿A qué huirla?

TOÑIN *(Indeciso.)* Sí; pero ahora...

LUIS Ahora, ¿qué?

TOÑIN ¡Tú no sabes! *(Echándole un brazo al cuello.)* Anoche... ¡La oí reir! Apenas nos separamos, tras la cena, cuando te dejé en tu habitación, oí su risa. Corrí adonde sonó aquella risa suya; bajé a la corralada Quise verla... luché; supe resistir. Pero estoy desesperado al ver que cuando me creía libertado de esa pasión absurda ha bastado su risa, ¡la risa de Carmina!, para verme de nuevo enamorado y loco.

LUIS *(Pensativo e irónico.)* ¿Ve vuestra merced mi señor don Toñín, cuán fuerte es el caballero Amor, a quien creistes haber aplastado en esforzada lucha?

TOÑIN *(Desalentado.)* No te burles, Luis; esto es horrible, horrible...

LUIS Si no me burlo. Te hablo muy seriamente.

TOÑIN ¡No puedo, no debo quererla!

LUIS Pues a tu tío... *(Subrayándolo.)* Le darías una gran alegría...

TOÑIN (*Estupefacto.*) ¿Qué dices?

LUIS Lo que oyes.

TOÑIN ¿Habéis hablado de ello?

LUIS Largamente.

TOÑIN ¿Y no le parece mal?

LUIS Todo lo contrario. Dice que ella te ofrecería a cambio de riquezas el añejo prestigio de su origen, haciéndoles a tus hijos los verdaderos «Señores de Las Brañas».

TOÑIN ¿Acaso no soy yo señor verdadero?

ESCENA VII

DICHOS y DON RICARDO; luego CARMIÑA

RICARDO Ahora sube Carmina.

LUIS ¿Nos traerá la tonada?

RICARDO Seguramente. Esa chiquilla las aprende en seguida. Tiene un oído magnífico. Yo hubiera querido enseñarla música...

LUIS ¿Por qué no lo hace usted?

RICARDO Tal vez lo intente... (*Se oyen en la puerta unos golpecitos parcos y tímidos.*) ¡Pasa!

CARMINA ¿Llamábame, don Ricardo?

TOÑIN (*Azorado, fascinado y nervioso.*) ¿Cómo te va, Carmen? (*Sin esperar respuesta, se pone a hablar con Luis, llevándole hacia el ventanal.*)

CARMINA (*Turbada, sin levantar la vista del suelo.*) Bien, ¿y tú?

RICARDO (*Interviniendo.*) Vamos a ver, ¿qué es de esa tonada? ¿Todavía no has podido aprenderla?

CARMINA (*Más dueña de sí.*) Sí, señor, sí, ya sé cuál dice. ¡Pero no es poco vieja! ¡Olvidada la tenía yo!

RICARDO Pues para mí era nueva. ¿A que no es la misma?

CARMINA (*Animándose por momentos.*) No tién más remedio que ser esa. Estuve ayer hablando con la Turrusca. ¿Sabe quién digo? La que canta allá en el corro... (*Don Ricardo asiente.*) Digo: «Chacha, ¿pues qué cantar salió ahora nuevo?», y dice: «Nuevo, ninguno»; y la dije yo: «Pues un mozo cantaba la otra tarde en el monte un cantar nuevo»; lo que usté me dijo que yo no lo oí... y entonces díjome ella: «No siendo éste, que está ahora de moda...» Y me lo cantó. Dice que todos los mozos lo cantan ahora por Nogales.

RICARDO Veamos si es el que yo digo.

CARMINA Dice así:
Los juramentos de entonces...

RICARDO Pero la música, Carmina; la copla. ¿Qué sé yo si era esa?

CARMINA ¡Ah!... ¿El son? (*Vergonzosa.*)

MUSICA

¿El son?
(*Aparte.*)
¿Cómo voy yo, Dios mío,
cómo voy a acertar
con el son de la copla
si no puedo cantar?
¿Por qué no me ha mirado
ni me habló, cuando entré?
En el alma clavado
tengo yo su desdén.
¿El son? No acierto a cantar...

TOÑIN Clavado en el alma tengo su mirar.

RICARDO (*Que estará casi de espaldas arreglando unos papeles.*)
Carmina, ¿la tonada
por qué no cantas, dí?

LUIS (*Aparte a don Ricardo.*)

La pobre está muy triste
por culpa de Toñín.
(Vuelve al ventanal, donde estará Toñín, y hablan en voz baja.)

RICARDO
Pero Carmina,
esa tonada...

CARMINA
Si es... que no puedo;
no sé cantarla...

RICARDO
Vamos, muchacha, decídete.

CARMINA
Señor... es ésta; óigala usted:
Los juramentos de entonces,
mira qué lejos se han ido;
yo llevo el mío en el alma,
tú diste el tuyo al olvido.

TODOS
Los juramentos de entonces
mira qué lejos se han ido.
Yo llevo el mío en el alma,
tú diste el tuyo al olvido.
(Carmina cae en brazos de don Ricardo, que enjuga su llanto. Luis va junto a Toñín, que está abrumado.)

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

(La escena representa un alto en una ladera, donde hay una ermita al foro izquierda; el telón de fondo representa un paisaje montañés con un caserío en lo hondo. A la derecha, algunos árboles y un puesto de bebidas. Sentadas junto a la ermita y repartidas por la escena, algunas vendedoras de romerías: avellanas, suspiros, etc.

ESCENA PRIMERA

TI-PEDRO, QUICO y algunos BRAÑEROS más, bebiendo. Coro de ROMEROS

MUSICA

(Al levantarse el telón termina el baile al son de las panderetas, dispersándose los bailadores y mirones, sin salir todos de escena.)

HABLADO

BRAÑERO 1.º ¿Cómo estuvo la feria de ganao?
PEDRO No estuvo mala.
BRAÑERO 2.º ¿Vendió la «Pinta»?

PEDRO — Vendila.

BRAÑERO 2.° — ¿Bien?

PEDRO — Bien.

QUICO — *(Interrumpiendo.)* Mil riales mal contaos.

BRAÑERO 1.° — Buena vaca era.

QUICO — ¿Cómo?

BRAÑERO 1.° — *(Gritándole.)* ¡Que era buena vaca!

QUICO — No grites, hom. Era mu majísima. Las lágrimas me se saltaron al despedime de ella.

BRAÑERO 1.° — Y ¿p'aónde fué?

PEDRO — Para Pas...

BRAÑERO 2.° — Pasiego... ¿y la pagó bien?

QUICO — Verás, verás... Vimos que se acercaba a la nuestra vaca un pasiego rico, que llevaba ya mercadas tres parejas, y yo me le queé mirando cómo prencipió a dar güeltas alreedor de la «Pinta». El era tuerto, yo no sé si de nacimiento, pero sí sé que de un ojo. Cansao de dar güeltas en torno de la vaca, sis quitala «el ojo» de encima, va y mos dice: «¿Cuánto val la vaca?» Y el amo le responde: «Un poco más de lo que me costó: ¿cuánto le paez que me costaría?» Tornó el pasiego a dar güeltas alreedor de la vaca, yo mirándole fijo, él sin apartar el ojo de ella, y los tres más callaos que tres defuntos, hasta que dijo: «Quinientos riales.» Y díjele yo: «Paezme a mí, güen hombre, que usté, como no tién más que un ojo, no ve más que media vaca.» *(Todos ríen.)*

PEDRO — Pero, a la postre, como la vaca lo valía, le saqué lo que era justo. *(A Quico.)* ¿Van a subir los señores a la ermita?

QUICO — Al señorito Toñín y la señorita Gloria, la forastera, los subí yo en el cochuco. Por ahí andan. Los demás subirán más tarde.

BRAÑERO 1.° — ¿Toos están en el Palacio?

PEDRO — No; en el Palacio está sólo el señorito Luis.

Cuando llegaron su madre y su hermana, se quiso ir con ellas a casa de Ceto, que se la tiene alquilá. Pero lo mismo el Músico que Toñín le obligaron a quedase en la casona.

ESCENA II

DICHOS y MILIA, que sale de la ermita. quitándose el pañuelo de la cabeza, y deteniéndose a hablar con una rosquillera.

QUICO — *(Viéndola.)* Bueno; con la misma; ahí os quedáis. *(Cruza la escena y va hacia Milia.)*

BRAÑERO 2.° — Que luego la vió.

PEDRO — Amigo, no hay mejor vista que la de un enamorao. *(Continúan hablando y bebiendo.)*

MILIA — Qué florido vienes.

QUICO — *(Dándole un clavel, que traerá en la boca. y que ella se prenderá en el pecho.)* Tómalo.

MILIA — Gracias, hombre. ¿Vais a bailar el «Sampedro»?

QUICO — *(Haciendo una pirueta de la danza.)* Sí. Yo hago el zorromoco.

MILIA — Vas a estar muy majísimo. Y ¿cómo estás aquí ya, si no han subido los demás danzantes?

QUICO — Porque he subido en el cochuco al señorito Toñín y a la forastera. Pero he de bajar entoavía pa vestime de zorromoco y golver con los otros.

MILIA — Dices que has subido al señorito Toñín y a la de Madrid. ¿Dónde están?

QUICO — Por ahí andan. A María, de ésta, paezme a mí que tenemos boda.

MILIA — Y que lo digas. Ayer, en la cueva de Peñalta, dicen que no la dejó ni a sol ni a sombra, y Carmina viéndolo.

QUICO — Aticuenta. La llevaron con Silda, cargás con la cesta de la merienda, y él toa la tarde a la vera de la señorita Gloria, dándola en cara talmente y como diciéndola: ¿Veslo? Esta sí es pa mí, que lo que es tú, so probe...

MILIA — Y tó el mal que tié postrá a Carmina no es otra cosa, porque ella está tonta perdía por Toñín; eso, a la vista salta.

QUICO — ¡Si vieras la cara que traía la enfeliz!... *(Llevándose el puño cerrado a la boca.)*

MILIA — *(Con ciertos celos.)* ¡Bien tierno eres!

QUICO — ¡Qué jinojo, tierno! ¿Paezte a tí bien dala así en las narices después de habela consentío?

MILIA — *(Reconociéndolo.)* Verdad es.

QUICO — ¡Me iba a alegrar yo más si esta madrileña no le pusiera buena cara! Y ¿dirételo? Mira si es bien bribón. ¿Sabes lo que hizo aluego? Venir aonde mí a porfiame pa que me hiciera yo novio de Carmina, sin duda pa que la señorita Gloria no sospeche na.

MILIA — ¡Ah!, ¿sí? ¡Ay, qué demontres de metementó! ¿Y pa eso quier dejame a mí sin novio? ¿Tú qué le dijiste?

QUICO — Que no; que ya hablaba contigo.

PEDRO — *(Separándose del grupo y atravesando la escena. A Milia y Quico.)* Adiós, muchachos. Pa vosotros es el mundo.

MILIA — ¿Se va ya? ¿Sin esperar a los danzantes?

PEDRO — Voime pa casa, que la mi Carmina quedó sola.

MILIA — ¿Cómo está?

PEDRO — Bien: no es de cuidao. Pero el susto que me llevé yo al volver ayer tarde de la feria y encontrámela con tanta fiebre, no es pa contáo... Con que, con Dios.

QUICO — Voy con usté pa allá, que he de juntame con los danzantes.

PEDRO — Ya luego subirán.

QUICO (*A Milia.*) Adiós, clavel. (*Se van por la primera izquierda.*)

MILIA Hasta luego. (*Se une a otras mozas.*)

ESCENA III

DICHOS, menos TI-PEDRO y QUICO. DON HONORATO cruza la escena de izquierda a derecha rodeado de chicos. Van a elevar un globo grotesco.

HONORATO Allí, desde aquel altozano. (*Señalando a la derecha.*)

TODOS ¡El globo! ¡Vamos a ver el globo! (*Se van en pos del maestro.*)

(*Quico, después que han salido todos, cruza la escena como sospechando de don Honorato y haciendo gestos amenazantes.*)

ESCENA IV

TOÑIN y GLORIA, solos, por la izquierda.

TOÑIN ¿Ve usted? Tanto temor de estar sola conmigo; tanto miedo a que nos vean solos; venimos en busca de la gente, y la gente se va. Solos otra vez...

GLORIA Sí, solos; pero más formales, ¿eh? Más formal usted.

TOÑIN ¿Pero usted cree que todo cuanto la he dicho es broma? Muy formal, muy serio, Gloria.

GLORIA No sé... Pero hemos hecho mal en subir solos.

TOÑIN Nadie ha querido acompañarnos... decían que era temprano... Yo quise que usted viese a primera hora el efecto de la procesión ladera arriba, desde aquí...

GLORIA Desde aquí, sí. Y ya lo vimos. Pero luego esa fuente... estaba tan lejos...

TOÑIN Tenía usted sed. Y yo he querido que usted bebiera el agua más fresca de estas brañas.

GLORIA Sí, sí... pero hicimos mal en ir solos. Como ayer, en la gruta de Peñalta.

TOÑIN ¿Y por qué, Gloria? *(Se oye un tiro.)*

GLORIA ¡Jesús, un tiro!

TOÑIN *(Pretendiendo tranquilizarla.)* No... Acaso un cohete.

GLORIA Le digo que ha sido un tiro.

ESCENA V

DICHOS y DON HONORATO por la derecha; en seguida QUICO

(Don Honorato, demudado, tembloroso, atraviesa la escena precipitadamente, mascullando jaculatorias, sin reparar en Gloria ni en Toñín, que se asombran.)

QUICO *(Cachazudo y socarrón, con una escopeta en una mano y en la otra una paloma muerta.)* No me falla un tiro.

TOÑIN ¿Qué ha sido eso?

QUICO Un tirito. Por apuntar al gavilán *(señalando el lugar por donde huyó el maestro.)* he matao una paloma. A ver si deja de rondalas. ¡Me cachis en!..., que si no paezme que voy a metele una perdigoná en salva sea la parte...

GLORIA ¿Pero qué dice?

QUICO Na. Ese tío, que primero va a *soltar globos*, y en cuanto no le ven... los agarra. *(Ayudando con la acción a la palabra. Se va por la izquierda.)*

TOÑIN ¡Qué bruto es!

GLORIA Y que me diga usté que Carmina puede ca-

sarse con este patán... Ella, tan finita, tan original... No sé qué tiene a veces en los ojos cuando mira, que parece candor y da miedo. Sería una pena que se casase con este Quicón, tan mona: parece una señorita, disfrazada de montañesa.

TOÑIN *(Contrariado.)* Pues aunque así sea... Se casará con él.

GLORIA Por Dios, Toñín, no, si es un oso. *(Se van lentamente.)*

ESCENA VI

Ocho VIEJAS. Vestirán amplias faldas, vestimentas obscuras y mantillas de terciopelo. Calzarán alpargatas negras.

MUSICA

Hoy es el día famoso
que los mozos del lugar
van a sacarnos a bailar;
pero qué tristes recuerdos
va la danza a despertar.

—

Antes que lleguen los mozos
iremos con devoción
a pedirle a San Pedruco
líbrenos de tentación.

—

San Pedruco amante
míranos desde tu altar,
tennos de tu mano
y no nos dejes pecar.
(Santiguándose.)

—

¡Ay, qué lejos que se fueron
aquellos días de amores,
en que un mozo guapetón

logró robar
mi corazón!

—

Por un beso de mi boca
los mozos enloquecían.
Se estremecía mi ser
con la emoción
de aquel gran placer.

—

¡Lejano ayer!

—

¡Ahora ya no puede ser!

—

Hemos subido a la ermita
con amor y devoción
y por cumplir la tradición;
mas el danzar, por ser viejas,
no produce sensación.

—

Pero con todo, a San Pedro
iremos a suplicar
no nos deje de su mano,
no vayamos a pecar.
(Santiguándose.)
San Pedruco amante,
míranos con compasión,
y si al fin pecamos
danos pronto tu perdón.
¡Ay, qué lejos que se fueron,
etc., etc.

—

(SEGUNDA VEZ)

Señor San Pedro,
perdón, perdón.
¡Líbranos, señor!
¡Líbranos, señor!
¡De tentación!
(Mutis.)

ESCENA VII

DON RICARDO y LUIS MARTIN por el foro derecha.

HABLADO

LUIS — Don Ricardo, estoy decidido; nuestra estancia en «Las Brañas» terminaría mañana mismo.

RICARDO — ¿Por qué mañana?

LUIS — Porque estoy viendo que nuestras sospechas respecto a la actitud de Toñín con mi hermana toman cuerpo. Ya ve usted, subir los dos solos tan temprano, dando que hablar... Es una ligereza.

RICARDO — *(Contrariado.)* Toda la ligereza, toda la culpa es de mi sobrino. ¡Mire usted que disgustarnos un noviazgo que a usted y a mí debiera parecernos de perlas! Pero es que usted y yo (enamorados de la caseruca) sabemos de sus amores, y esta actitud de mi sobrino, empeñado en olvidarla, nos parece dos veces censurable. Primero, por su conducta con Carmina; después, por su conducta con Gloria, que ignora estos amores. ¿Está o no está enamorado de la caseruca? Y, estándolo, ¿se atreve a enamorar a su hermana de usted?

LUIS — Yo le perdono porque le conozco, como si fuera mi hermano menor... Por no caer en el amor de Carmina, se cree de buena fe enamorado de mi hermana. No me ofendo. Pero lo evito. ¿Cómo? Yéndonos en seguida de «Las Brañas».

RICARDO — ¡Qué muchacho! ¡Qué obcecación!

LUIS — Todo se allanará con nuestra marcha. Toñín comprenderá que este noviazgo con Gloria es una cosa forzada. Un pretexto para olvidar a Carmina.

RICARDO Y a su madre y a Gloria, ¿qué va usted a decirlas?

LUIS Buscaré una excusa. No creo que el amor de Gloria sea ninguna pasión volcánica.

ESCENA VIII

DICHOS, DON HONORATO, TOÑIN. GLORIA, MILIA y el pueblo, que va entrando poco a poco.

HONORATO ¿Qué hay, amigo Martín? ¿Qué le parecen a usted estas gárrulas fiestas campesinas? ¿Acaso añora usted los brillantes festejos de la corte?

LUIS Oh, nada de eso. Me gusta el campo y me gusta la ciudad. Cada cosa a su hora.

RICARDO ¿Pero se empieza la danza o qué?

QUICO *(Con el pantalón de danzante y una levita o frac grotesco, chistera abollada, cintas de colores en los brazos y en la mano un palo con una cuerda y una vejiga.)* Sí, señor. Aquí llegamos los danzantes... ¡Aquí llegan las viejas! *(Salen de la ermita santiguándose.)*

GLORIA ¿Las viejas?

HONORATO Oh, sí, señora. En este día bailan las ancianas arcaicas de «Las Brañas», la típica danza que va usted a ver. Es una danza semisalvaje de célticos orígenes, que tiene reminiscencias de ritos orientales; una danza pagana llena de sugestiones, que suele ejecutarse a toda orquesta, con oboe y atabal, vulgo un pito y un tambor.

QUICO ¡Muchachos! ¡En dos filas! ¡Prevenidos! ¡Las viejas sentadas aquí!... ¡Las viejas! *(Nadie se mueve.)* ¡A que tengo que llamarlas tobilleras!

HONORATO — *(Aparte. Despectivo.)* ¡Tobilleras! Neologismos modernistas y nefandos que vienen a corromper la arcaica y armoniosa fabla de Calderón y de Cervantes! ¡Oh témpora, oh mores!

MILIA — ¡Pero qué afán tien esti tío de hablar siempre en francés!

QUICO — A ver, ¡esas mozas!

VIEJA 1.ª — ¡Compañeras, que nos llaman! *(Se sientan en fila.)*

QUICO — ¿Lo ven ustedes? Ya me han entendido. ¡Prevenidos! ¡Atención! ¡Venga!

MUSICA

(Fórmase un corro en torno a los danzantes, a los que dirige Quico. Comienzan el baile los danzantes (vestidos con pantalón blanco de hilo, en mangas de camisa, con faja de color, pañuelo se seda atado por la cabeza y otros dos cruzando el pecho, de colores fuertes), solos, con trenzados, cabriolas y zarandeos, y van destacándose uno a uno, hincando la rodilla ante la vieja que cada uno escoge por pareja. Las viejas, hasta que el mozo hinca la rodilla por tercera vez, no salen con él al corro. Cuatro o seis de ellas tocarán enormes panderos, a cuyo son se baila. El danzante, tocando las tarranuelas, salta, gira, se tuerce y contonea, rápido, ágil, febril, alrededor de la vieja, que en tanto, con sus amplias vestimentas cotidianas mueve los brazos suavemente en ademanes pausados y solemnes, dando unas lentas vueltas, como si la trajesen atolondrada los saltos y contorsiones del danzante. Los danzantes se jalean. Quico grita a menudo.)

QUICO — ¡Ay, la mía, qué bien baila! ¡Ay mi vieja bailando.) *(Don Honorato hace señas a*

Milia. Toñín secretea con Gloria; Gloria coquetea; Luis hace una seña a don Ricardo; don Ricardo mueve la noble cabeza contrariado. Va cayendo el telón lentamente.)

TELON LENTO

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Un «cierro» o prado pequeño, que llaman «el cierrin de San Andrés», que se supone a media ladera en el monte.

ESCENA PRIMERA

CARMINA sola

CARMINA *(Dentro, cantando.)*

Al salir yo de «Las Brañas»
mucho lloró una brañera;
si ella lloraba por mí
yo no lloraba por ella.

(Entrando con el dalle (guadaña) al hombro y el garrote (cesto) lleno de hierba recién segada, a la cabeza.)

HABLADO

Ya está segado el cierrin. Y mi padre que no me dejaba... ¡Creía que no iba a saber! Pero ya está. Yo también pensaba: ¿sabré

bien? *(Posando el cesto en el suelo; sentándose y reposando, apoyado el codo en la hierba del cesto. Pausa. Cantando entre dientes.)*

Cuando salí de «Las Brañas»
mucho lloró una brañera...

No se me va la tonada nueva... ¡Qué triste es!... He de subir luego a enseñársela a don Ricardo, que ya me lo dijo antes. *(Cantando.)*

No llores, niña, no llores,
no llores ni tengas pena,
que si un novio no te quiere
otro te querrá, morena.
No llores,
ramito de flores.

(Pausa.) ¡Ay, cómo me estoy! ¿Qué hago aquí ya? No sé por qué no sé irme... *(Pausa.)* ¡Qué blanca esa redonda nubecilla que va por el ancho azul! *(Pausa larga.)* *(Recitado sobre la copla.)*

Cuando salí de «Las Brañas»
mucho lloró una brañera...
Si ella lloraba por mí
yo no lloraba por ella.

¡Ay, Virgen! Parece que está hecha pa mí! Mucho ha de llorar esta brañera el día menos pensao... Va pasando el otoño. *(Todo lentamente, como una triste evocación.)* Pronto se cogerá el maíz... ¿Se marchará? ¿Irá tras ella? ¿La irá a buscar? ¡Qué gozo. no vella al lado de Toñín! ¡Si volviera too a como antes era!... *(Con odio.)* ¡Antes de que vinieran los forasteros! *(Rectificando el tono al referirse a Luis.)* El señorito Luis, no... Ese era bueno. Cuando se fué vino a decirme adiós... Me cogió la mano. y me dijo: «Que sea usted muy feliz, Carmina.» Era bueno aquel hombre. Pero ella. ¡qué odiosa en mi recuerdo! ¿La querrá To-

ñín? ¿Se marchará? Aunque ahora ya no me huye, y hasta le veo a veces que me mira... nada me dice. Si se va otra vez a buscarla, yo me muero. ¡No, no! ¡No puede ser! ¡No pasará!

ESCENA II

CARMINA; luego, TOÑIN

MUSICA

CARMINA

La tarde declina,
no me puedo estar.
No sé por qué causa
no me sé marchar.
No sé qué secretas voces
me cantan una ilusión,
una encendida esperanza
que mis penas alumbró.
Aun en los días más negros
de esperanza yo viví.
Un vago presentimiento
me hace soñar hoy aquí.
La tarde declina,
no me puedo estar,
no sé por qué causa
no me sé marchar.

(Muy agitada de pronto, poniéndose en pie, como alucinada, llevándose las manos al corazón, como si se le fuera a escapar del pecho.)

¡Corazón, corazón!
¿Qué presientes, corazón atormentado,
que tan reciamente golpeas en mi pecho?
¿Por qué estos latidos, por qué esta fatiga?
¿Por qué el sobresalto? ¿Qué avisos son éstos?
¡Corazón, corazón!

¿Qué adivinas, corazón, que así te agitas?
¿Qué adivinas, corazón atormentado?
Yo siento en el rostro la sangre agolpada.
¿Por qué estos latidos? ¿Por qué el sobre-
[salto?
¡Corazón, corazón!

TOÑIN *(Se aparece. Va hacia ella. Carmina, turbadísima, baja los ojos.)*

CARMINA ¿A qué vienes?

TOÑIN A verte.

CARMINA ¿A verme a mí, Toñín?
Pero ¿cómo supiste
que yo estaba aquí?

TOÑIN Lo adiviné, lo presentí.

CARMINA *(Levantando los ojos para mirar a los de Toñín.)*
¿Y a qué vienes?

TOÑIN A verte
(Persuasivo.)
te vuelvo a repetir.

CARMINA *(Con pena.)*
¡Ay, cómo tardaste!
¡Ay, cuánto sufrí!

TOÑIN ¡Carmina!

CARMINA Qué días tan largos.
¡Ay, triste de mí!

TOÑIN Carmina de mi vida,
amor del alma;
mi corazón, que te desea,
ha roto sus cadenas
y se abrasa en tu amor.

CARMINA Si has roto las cadenas
y al fin viniste,
mi corazón fué siempre tuyo,
y el ansia de la espera
me abrasaba de amor.

TOÑIN ¡Amor!

CARMINA ¡Amor!

TOÑIN Mátame el placer.

CARMINA Qué dulce es querer...

TOÑIN — Tuyo siempre he de ser.
CARMINA — ... después de padecer
con tanto dolor.
TOÑIN — ¡Mi dulce amor!
CARMINA — Deja que sueñe y que llore,
que me volvió el amor loca,
y el alma me ha estremecido
el aliento de tu boca.
TOÑIN — Deja que apure las mieles...
CARMINA — Deja que sueñe y que llore...
TOÑIN — ... de tus labios encendidos.
CARMINA — ... que el alma se ha estremecido.
TOÑIN — Los sueños embriagadores
de mis amores al despertar
han florecido en besos
y promesas deliciosas
que nunca morirán.
CARMINA — Ya mi vida es tuya.
TOÑIN — Tú eres mi ilusión.
LOS DOS — Para tí mi sangre, mi vida y mi amor.
(Recitado.)
TOÑIN — Tuyo, tuyo, mi vida,
mi Carmina adorada. ¡Para tí siempre!
Cree en mi juramento.
Tuyo en cuerpo y alma
para siempre, para toda la vida.
(Enjugando el llanto de Carmina, cubriéndola de blandas caricias el rostro, que besa amorosamente.)

TELON LENTO

CUADRO TERCERO

Interior del soportal de la casona. Techo de vigas, y al fondo, abierto el corral. A la izquierda, en primer término. la escalera con barandilla de piedra rematada abajo por una bola. En el corral, la portalada al foro derecha, y a la izquierda, la casería, cerrada su puertecita, donde viven Ti-Pedro y Carmina. En el soportal, a la izquierda o en el corral, una carreta con la pértiga en alto. Amanece; la luz va iluminando el corral y el soportal permanece todavía en tinieblas.

ESCENA PRIMERA

TOÑIN solo.

MUSICA

(A telón levantado, la orquesta preludia el número mientras comienza a amanecer. Toñín desciende sigilosamente la escalera mirando receloso a todos lados. Recitado.)

TOÑIN ¡Qué espero ya! Es de día... Van a salir... ¡Valor! ¿Por qué fuí ayer al cierrin, donde yo sabía que estaba ella! *(Cantando.)*
Me voy de tu lado, Carmina mía,
con luto en el alma y deshecho el corazón.
Me ahoga un dolor de agonía
y hoy te quiero más,
con más ilusión,
y maldigo de mi suerte
y de la falsía.
que hay en mi traición.
Adiós para siempre, triste amor mío.

La vida se impone cruel,
me aparta de tí,
a quien dí mi fe
y sin tí me moriré. ¡Ah!
No llores, paloma mía,
no llores ni tengas pena,
desprecia mi cobardía
y olvida este amor, mi nena.
No llores,
ramito de flores.
¡Adiós!
(Mutis por la portalada.)

ESCENA II

TI-PEDRO y CARMINA, por la casería.

PEDRO — La portalada abierta. ¿Habrá sido Silda? Mucho madrugó... Carmina, ¿quedó segado ayer tarde todo el cierrín? Habrá que mandar a Quico a atropar la hierba.

CARMINA — *(Ensimismada y aparte, abismada.)* ¡Ayer tarde! ¡El cierrín!...

PEDRO — ¿No me oyes?

CARMINA — *(Rememorando, asustada, tapándose el rostro.)* ¿Qué hice yo ayer, Virgenzuca mía? *(Transición, irguiéndose.)* ¡Pero es mío, ahora sí que es mío para siempre!

PEDRO — *(Aparte.)* ¿Qué tiene esta chiquilla?

ESCENA III

DICHOS y DON RICARDO

RICARDO — *(Desde lo alto de la escalera.)* Buenos días.

CARMINA — Buenos días, don Ricardo. *(Se ruboriza, y entra en la casería.)*

RICARDO — ¿Qué le pasa a esa?

PEDRO — No sé, don Ricardo, no sé... Desde que supe de sus labios de usté lo que hay entre Toñín y la mi Carmina, he perdío el humor, porque la veo embobá y paparona a todas horas. ¡ Ella, que era la alegría de este viejo ! Anoche no cenó... La ví con los ojos como puños; no fuí quién pa saber lo que le pasaba... Y hoy se levanta como usté la ve: pensativa y babiona, que paez que el alma se le pasea por el mesmo cielo... A más, a más, pasan los días; Toñín no da la cara, paez que me rehuye... Y yo, don Ricardo, no veo claro qué es esto, ni alcanzo sus intenciones... ¿Que la quier de ley? Que me lo diga. ¿A qué espera? Y yo no sabré cómo agradecele que haya puesto sus ojos en la mi hija. Que el señorío y el orgullo pueden más en él y se le hace poco pa él Carmina, que la desengañe, jinojo, que esta hija mía no sé en qué va a dar. ¡ Quién había de decímelo ! ¿ Quién la mandó a ella poner los ojos tan alto ?

RICARDO — Nadie. Se enamoró y eso es todo.

PEDRO — Pues hizo mal.

RICARDO — No sé... Eso, Dios sólo lo sabe. Pero no es ella responsable...

PEDRO — ¿Quién entonces, Toñín?

RICARDO — Tampoco él.

PEDRO — Que no puedo entendelo, mi señor don Ricardo...

RICARDO — Cree que su posición... le obliga a no sé qué igualdades... Juzga estas cosas, tan elevadas, del corazón, con ciertas miras mundanas... sociales... de interés...

PEDRO — ¡ Ah, Virgen, ya salió aquello ! ¡ La plata, la cochina plata ! *(Exasperado, sintiendo rebullir su atávico señorío.)* ¿Qué se ha creído? ¡ Si es poco con todas sus talegas pa mi hija ! ¡ Si a su padre le dieron limosna estas manos, en esti mesmo palacio

mío, que mío jué, bien lo sabe usté, aunque ahora viva ahí en esa chozuca !... Si la miseria de sus talegas iba yo a echala al mar por el cantil abajo !

RICARDO (*Persuasivo e inquieto.*) Por Dios, Ti-Pedro, calle, cálmese... Si no es eso... Ya verá usted cómo todo se arregla. ¡ Si desde niños se quieren !

CARMINA (*Dentro cantando.*)
No llores, niña, no llores,
no llores ni tengas pena...

RICARDO Canta...

PEDRO Y paece que llora...

ESCENA IV

DICHOS y SILDA, por la escalera.

SILDA Señor, buen día se presenta. Paez que el temporal pasó y entra el veranuco de San Martín.

PEDRO No podía durar; ¡ si es tiempo de secura ! El año se ha dao bien; está la mies que es una bendición, y ya no pueden retrasase la recolección y la deshoja.

SILDA A eso bajaba, porque habrá que preparar el desván y limpialo de estorbos en la parte que han de ocupar las panojas.

RICARDO Claro; me parece bien.

PEDRO De eso quería yo hablar con Toñín...

RICARDO Se le han pegado las sábanas, por lo visto. Llámale cuando subas, Silda, que es domingo y va siendo la hora de la misa.

PEDRO A la salida de ella hay que avisar a las mujeres que han de ayudanos en la mies. (*Llamando.*) ¡ Carmina ! ¡ Quico !

ESCENA V

DICHOS, CARMINA y QUICO, que saca al corral un burro y le ata a un poste para hacer lo que Ti-Pedro le indica.

CARMINA — Señor...

QUICO — Anda, «Palomo», que te voy a sacar al prao.

PEDRO — *(A Carmina.)* Has de sacar al sol los garrotes, toos los que hay, y habrá que mercar más en Nogales. ¡Quico! Ata ahí el burro y ven. *(Quico lo hace; Carmina entra y va sacando luego los garrotes, que pondrá al sol, apoyándolos en la tapia de la corralada.)*

QUICO — Mándeme mi amo.

PEDRO — *(Hablándole al oído.)* Que mañana se cogen las mieses y habrás de ir a Nogales a mercar unos garrotes, que no hay bastantes. Puedes ir en el burro.

QUICO — Esi burro nuevo, yo no le amonto...

PEDRO — ¿Por qué? Si es un corderín...

QUICO — Corderín, ¡y bueno!

RICARDO — Pues ¿qué te ha hecho?

QUICO — Pues verá. Antier, en la mies, quise probale; acerquéme, dí un *blinco* y le amonté. *(Todo esto lo cuenta gráficamente: hasta da el brinco.)* Le amonté y echó a andar tan guapamente, como si na llevase encima. Iba yo descuidao y tan perene, cuando ¡Cristo!, va y empieza a revirase, sálese de la cambera, salta de un blinco el portillo del cierrin, arrímase al morio; agacha el morro, empina el rabo, suelta un par de ancazos y ¡zás!, me tiró por las orejas... ¡No lo amonto, no lo amonto!

PEDRO — *(Que le habrá escuchado impávido.)* ¡Bieras agarraute! *(Pausa.)* Ahora unta bien de tocino los ejes de los carros.

RICARDO — Va siendo la hora de misa. Voy a buscar la capa y el sombrero, que ya no tardarán en repicar. *(Sube la escalera, entrando en la casa seguido de Silda.)*

PEDRO — No tardarán, no... *(Mutis por la casería, seguido de Quico.)*

ESCENA VI

CARMINA, y MILIA por la portalada corriendo hacia Carmina; luego DON RICARDO

MILIA — Carmina, ven acá, ¿no sabes lo que pasa?

CARMINA — ¿Qué *sí* yo, mujer? Vienes como asustá...

MILIA — ¡Ay, no sé cómo decítelo; es una cosa mala!...

CARMINA — *(Asustada.)* Acaba, mujer. *(Sale don Ricardo, puestos la capa y el sombrero, y se detiene en lo alto de la escalera, oyendo a Milia.)*

MILIA — Pues que al alba han visto, monte abajo, ya cerca de la estación del tren, a Toñín, como de huída.

CARMINA — *(Consternada.)* ¡Qué dices! No puede ser...

RICARDO — *(Aparte.)* ¿Es posible?

MILIA — ¡Qué hacer! Díjomelo quien lo vió...

CARMINA — *(Rompiendo a llorar.)* ¡Madre mía!

RICARDO — *(Descendiendo.)* ¡Hijuca!...

CARMINA — *(Viéndole, sin poder reprimirse, abandónase en sus brazos paternales, deshecha en llanto.)* ¡Me muero, don Ricardo, me muero de dolor!

MILIA — *(Sacudiendo los dedos, como diciendo: «Buena se armó», contempla la actitud de los dos y hace mutis por la casería, llamando a Quico en voz baja.)* ¡Quico! ¡Quico!

ESCENA VII

CARMINA y DON RICARDO

MUSICA

(La orquesta repite pianísimo el motivo del dúo sobre el que sigue el diálogo.)

RICARDO — Pero hijuca, ¿qué tienes?

CARMINA — ¡Qué va a ser de mí! ¡Usté no sabe!... Déjeme que llore, ya no puedo más... Me ha traicionao...

RICARDO — Dime tú, chiquilla, ¿por qué se fué? ¿De veras te ha mentido, te ha hecho traición? Cuéntame tus penitas...

CARMINA — ¡Ay, don Ricardo, el mío! Sí; me mintió: dióme su palabra... Ayer, en el cierrin... ¡Virgen, qué vergüenza!... Y qué pena más grande...

RICARDO — No llores, mujer... Si te dió su palabra, yo te aseguro que la ha de cumplir. Toñín es un caballero... Lleva mi sangre, Carmina. ¿No ves que lleva mi sangre?

CARMINA — ¡Si por usté fuera! ¡Ay, pobretuco mi padre!

RICARDO — Calla, calla... Toñín no puede haber huído; tú verás cómo es falso.

CARMINA — ¡Y tan falso, Dios mío!

RICARDO — Tú verás cómo viene... No puede haber huído...

ESCENA VIII

DICHOS y TOÑIN, cabizbajo, que aparece en la portalada.

RICARDO — *(Viéndole.)* ¡No puede haber huído! ¡Ah, no era posible!

CARMINA — *(Esperanzada, alzando la mirada llorosa al rostro del Músico.)* ¿Cree usté que vendrá, que no será cierto?

RICARDO — *(Volviéndola hacia Toñín, que avanza resuelto hacia ellos.)* ¡Héle ahí, mujer!

CARMINA — ¡Dios santo! *(Los dos, en una larga mirada, se lo dicen todo.)*

TOÑIN — ¡Tío! Quiero hacerle esta confesión. Yo había huído... huía de Carmina... salí esta mañana con el alba sin saber adónde iba.

RICARDO — ¡Hijo!...

TOÑIN — ¡Qué iniquidad para con todos ustedes! ¿Verdad? Pero aquí estoy, dispuesto a reparar mi falta.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y SILDA por la escalera, y TI-PEDRO, QUICO y MILIA, por la casería.

RICARDO — *(Abrazándole.)* ¡Bendito sea Dios! No sabes la alegría que me proporcionas...

TOÑIN — *(A Carmina.)* ¡Perdóname! *(Yendo hacia Ti-Pedro.)* ¡Perdóneme usted!

PEDRO — *(Abrazándole.)* ¡Hijo!...

QUICO — *(A Milia.)* ¿Pero no mos ecías que s'había dío?

TOÑIN — ¿Estás contenta?

CARMINA — ¡Qué he de hacer, hombre! *(Tímidamente.)* Dios te lo pague... *(Quedan juntos hablando bajo.)*

PEDRO — *(Apoyándose levemente en el hombro de Silda.)* Me faltan las fuerzas... *(Enjugándose una lágrima.)*

SILDA — Más pedío se lo tengo yo a la Virgen. Una callaba, pero demasiao lo comprendía too...

TOÑIN — Bueno, que haya alegría. Y el sábado la deshoja, para celebrar nuestros pregones,

que el domingo echaremos los tres en uno.

MILIA ¡Virgen, qué prisas!

CARMINA ¡Toñín!

SILDA ¡Va a tener que ver!

PEDRO ¡Lo que toca, la cosa ha de ser soná!

QUICO (*Que no se entera de nada.*) Pero... amos a ver, ¿qué ha pasao? (*Todos ríen.*)

MILIA Pero ¿no te enteras? ¡Que se casan!

QUICO ¿Casorio? (*Con ademán de bendecir. Yendo a Toñín.*) Si yo me llego a poner tonto y le hago a usté caso cuando me decía que me hiciera novio de ella, ¡güen papelito hago ahora! (*A Milia, tomándole la barbilla.*) No te apures tú, resalá, que por ahí acabaremos nosotros cualquier día...

TOÑIN (*Risueño.*) Ven acá. ¿Tú, cuándo te casas?

QUICO El mismo día que ésta, pa no hacer dos gastos.

TOÑIN Bueno. Pues eso corre de mi cuenta. ¡Habrá dos bodas!

QUICO ¡Cristos-Dios! (*Echa a correr y se abraza al burro, besándolo.*) «¡Palomo!» «¡Palomo!»

PEDRO ¡Que le vas a ahogar, bruto! (*Ruido de campanas.*)

RICARDO ¡El toque de misa! ¡A la Iglesia!

CARMINA ¡Virgenzuca! ¡Qué gracias te he de dar!

RICARDO ¡Vamos, y que vivan los novios!

TODOS ¡Vivan!...

TELON

Obras del mismo autor.

Tonadas montañesas. Glosas. 1911. Agotada.
La primera fila. Semblanzas taurinas. 1913.
Panojas. Novela. 1914. Agotada.
Caminos de la Montaña... Novela en bocetos. 1919.
El jardín de la vida. Cuento. 1920. Premiado con el concurso de «El Fígaro».
Rosa del mismo rosal. Comedia en un acto. 1923.
Estrellas. Semblanzas. 1923.
Carmina la caseruca. Zarzuela en dos actos. Música del maestro Calleja. 1924.

INEDITAS

Las nuevas rosas. Novela corta.
A través de España. Crónicas.
Atardecer. Boceto de comedia.
Chocheces. Juguete cómico en tres cuadros.
Ríoclaro. Comedia dramática en dos cuadros.
Paloma rondada. Sainete en cuatro cuadros.
Lines, la coplera. Drama en tres actos.

EN PREPARACION

Actrices. Semblanzas.
Anales de un pueblo trágico. Novela.



Precio: 3,50 pesetas.

